

La cala de los cobardes

Seudónimo. Roderick Usher

Hacía años que no visitaba aquella cala, décadas en realidad. Tanto tiempo que por aquel entonces era poco más que un niño, un adolescente al que el futuro aún le espejeaba en el horizonte, y el primer beso aún no le había tintado de pasión los labios. Trece, quizás catorce años como mucho tenía cuando visitaba aquella cala casi a diario, a encontrarme con el bueno de Román, el hacedor de historias. Probablemente el personaje que más influyó en mi mocedad. Quizás mi único amigo verdadero, al que abandoné, dejando que se marchitara en un psiquiátrico.

Caminando por la playa de arena pedregosa que mantenía alejados a los turistas, lamenté haber pasado tanto tiempo sin regresar a aquel lugar. Creía que hacerlo sabiendo que él no estaría, sería como ultrajar su recuerdo. Recuerdos de amables y entrañables tardes al calor de una vieja hoguera y mirada fija en el mar, esperando a que la marea nos trajera el inicio de una nueva historia. Fotografías veladas por el añil del paso del tiempo, de demasiado tiempo. Tanto, que regresando a aquel mágico lugar, lo hacía acompañado de Samuel, mi hijo, que con quince años, superaba por poco la edad que yo debía tener cuando pasé mi último atardecer con Román y el llanto del mar, que tan entristecido como furioso, mostraba su ira con un oleaje como nunca se había visto en la región, y como nunca se volvió a ver tras aquel atardecer.

Veinticinco años habían pasado y los momentos vividos en aquel lugar, continuaban en mi memoria tan nítidos, que bien pudiera parecer que los había disfrutado tan sólo un par de días atrás, en lugar de hacía cinco lustros.

- No me extraña que nadie venga por aquí, está playa es horrible – dijo mi hijo hundiendo sus botas entre las piedrillas que junto a los restos de moluscos formaban el suelo de la playa -. Si te vienes aquí con una chavala se te tiene que hacer la espalda trizas – concluyó con seguridad.
- Probablemente – Me limité a responder.

Hacía ya un tiempo que dejé de intentar comprender a mi hijo, sus manías de adolescente consentido, sus desmanes de púbero, y mucho menos a tratar de mostrarme como un amigo. Desde que su madre y yo nos separásemos dos años atrás y él, incomprensiblemente, decidiera vivir conmigo, vivía su adolescencia como un paso obligado por un tramo de la vida en la que apenas compartíamos nada que no fueran discusiones, reproches y diferencias insalvables. Hasta tal punto era nuestra disparidad que dándome por

vencido, había decidido pasar aquel periplo sin tomarle muy en serio. Convirtiendo ese tramo de nuestras vidas en una espera, para que el insoportable niño/hombre concluyera su formación a base de tropiezos y desengaños, y volviéramos a tener algo en común, aunque fueran las numerosas decepciones que a él le quedaban por vivir, y que a mí ya me habían curtido el rostro a base de bofetones.

De hecho me sorprendió que quisiera acompañarme a la playa aquella tarde de marzo, en la que la visita a la cala sería poco menos que fría y solitaria. Hacía casi un año que no hacíamos nada juntos que no fuera ver un partido de la NBA por la tele, o poner a caldo al novio de su madre.

Supongo que sabía que aquel lugar era especial para mí, y que el dolor que se había instalado en mi rostro desde que mi viejo amigo Ginés me llamara por teléfono, no haría sino crecer en aquel lugar. Un dolor profundo y frío como el susurro del olvido, que se acrecentaba a medida que paseando por la cala, mientras la marea le iba ganando lentamente terreno a la tierra, comprobaba como allí no había nadie que no fuéramos Samuel y yo.

- Era de esperar – dijo mi hijo en apenas poco más que un susurro.

No respondí. Me limité a mirar como las olas que traía la marea rompían sobre la empedrada playa dejando sombras de espuma. Las nubes azulonas del horizonte, heridas de muerte, parecían desmoronarse sobre el mar allí donde el mundo finalizaba. Era un paisaje hermoso, en el que residía empero cierto relumbro a tristeza, a nostalgia, a decadencia incluso.

Sabía que la llamada de Ginés portaba malas noticias desde que vi su número tartamudear sobre la pantalla de mi teléfono. Era Ginés uno de esos amigos con los que se va perdiendo el contacto poco a poco, hasta que las esporádicas llamadas que se reciben o envían, únicamente son a título necrológico por algún conocido de la infancia. Por ese motivo cuando descolgué la llamada, y tras los saludos de rigor me nombró a Román, un escalofrío gélido fue erizándose la piel de la nuca a los tobillos. Por mucho tiempo que hubiera pasado desde nuestros encuentros a pie de mar, simplemente el hecho de pensar que hubiera muerto, fue un duro golpe a mi entereza y al espíritu del niño que aún conservaba en mi interior, alimentado con recuerdos oxidados y endebles.

Con su habitual voz letárgica, que aun en la noticia más interesante era capaz de infundir cierto sopor, me narró la noticia que había agitado la comarca, y que por supuesto, atañía a Román. Mi viejo amigo en realidad no había muerto. O en caso de que tal cosa hubiera acaecido, no era el motivo de las habladurías y rondas de la benemérita. Al parecer el bueno de Román, con siete décadas a las espaldas, se las había ingeniado para burlar a los vigilantes del psiquiátrico y huir quién sabe dónde. Lo único cierto era que se le había buscado hasta en el último rincón de la institución mental, hasta dar por buena e insólita su huida.

El segundo paso de las fuerzas del orden había sido buscarlo en la cala que más tarde visitamos mi hijo y yo. Suponían que aquel lugar seguiría siendo tan especial como antaño para él. Por dentro me alegraba de que no hubiera sido así, y que no apareciera por la cala cuando la Guardia Civil se agazapaba detrás de los riscos, como lobos a la espera de que el inocente antílope se acerque al agua, a saciar su sed. Prefería imaginarlo libre, huyendo por cualquiera de los rincones y lugares que me detallaba de niño, y que formaban parte del folclore de sus alocadas historias. Unas historias que según afirmaba, nos regalaba el mar, y a las que él simplemente ponía voz.

- ¿Tan especial era ese loco para ti? – preguntó mi hijo, sacándose de un plumazo estado de abstracción.

Asentí en silencio, sin mostrarle siquiera un mohín desdefioso por el injusto adjetivo que le había ajado a mi buen Román. A lo largo de los años, sobre todo tras lo ocurrido el último día que compartimos en la cala, había tenido que escuchar todo tipo de mentiras, apelativos y burlas hacia Román, hacia el mejor amigo que tuve en mi juventud, sin lugar a dudas.

La marea deslizó un viejo trozo de madera, quebrado y renegrido, que posó con suavidad sobre las piedrillas de la playa, para después alejarse respetuosa. Era como si tras haber dejado una ofrenda, se retirara con la cabeza gacha caminando de espaldas. Aquello me llevó a los años de mi juventud. A aquel tiempo en que la falta de amigos de mi edad, que comprendieran y aceptaran mi carácter retraído y taciturno, me llevó a caminar solitario por las playas hasta que hallé aquella diminuta cala, y a Román, el hombre que sentado sobre el suelo sin más compañía que una lona y dos palos que empleaba como débil sombrilla, pasaba los atardeceres esperando a que la marea le regalara los más insospechados objetos, con los que era capaz de componer las aún más insólitas historias.

- Cuéntame algo de él – me pidió mi hijo sentándose sobre el suelo, no muy lejos de donde solíamos hacerlo Román y yo, muchos años atrás -. Sobre todo lo que ocurrió al final. Nadie deja de ver a un amigo así como así. Más aún si estabais tan unidos como parece – matizó.

Le miré de hito en hito, sorprendido, era la primera vez que mostraba algo de interés por algo o alguien que no fuera él mismo. Quizás la adolescencia estuviera cediendo ya el paso a ese adulto que espera tras un periplo complicado, en el que todo son dudas, y todos somos enemigos.

Su petición no era sencilla. A grandes rasgos había contado en alguna ocasión quién era Román, qué hacíamos en la playa y lo que supuso para mí su encuentro en mi mocedad. Pero toda explicación había sido somera, tan superficial como la espuma que cubría las olas que rendían pleitesía a la playa. Y por supuesto, jamás conté a nadie qué fue lo que ocurrió para que dejara de acercarme a aquel lugar, y la amistad con Román se viese interrumpida de súbito.

Quizás había llegado el momento de desnudar mi alma, de liberar viejos fantasmas cubiertos de polvo y salitre, de expiar el pecado del olvido.

Me senté a su lado recibiendo la humedad de las piedras en el pantalón, paseé la mano por la cabeza de Samuel, alborotando un poco un pelo ya de por sí desmadejado, y asentí en silencio mirando al eterno mar, pidiéndole fuerzas tanto para recordar como para admitir mi culpa en todo aquello que ocurrió, y que estaba dispuesto a relatar a mi hijo, rezando para que tuviera un perdón que concederme. Porque si tras la expiación de un pecado no se consigue un perdón, la condena es una tristeza tan cruel como el peso de la culpa que la induce.

Tomé aire y comencé a recitar aquel tramo de mi vida, cuyo escenario era aquel lugar, con tan sólo tres personajes en escena; Román, yo mismo, y el mar que era capaz de regalar la más hermosa, la más insólita, la más entrañable de las historias. Fue Román quien me enseñó eso. Y por primera vez iba a narrar el origen de mi amor a aquella cala, y mi admiración hacia aquel hombre, al que en la villa se le consideraba poco menos que un repudiado. Un loco al que tener vigilado.

Llegué a esta cala por pura casualidad. Llevaba ya unos días recorriendo las playas, los caminos de la periferia, cualquier lugar apartado que me granjeara unos minu-

tos de tranquilidad, lejos de la mirada de mis compañeros de clase o de cualquiera en realidad. En mitad de mi adolescencia no era muy popular. A decir verdad era uno de esos típicos apartados que ninguna chica quiere como compañía, ni ningún chico como amigo. Mis notas eran mediocres, no destacaba en ningún deporte, y mis aficiones no pasaban de los comics y el rock, que escuchaba sin más compañía que mi angustia. Por eso cada atardecer, hartado de que tu abuela me dijera que saliera más con gente de mi edad, comencé a caminar solo por cualquier lugar que me pareciera tan solitario como yo. Y así encontré esta cala y a Román. Fue un 28 de abril, lo recordaré siempre. Uno siempre recuerda las fechas cruciales de su vida, y creo que la aparición de Román en la mía fue determinante para el hombre en el que me acabé convirtiendo.

Aquel atardecer de cielos cárdenos paseaba por esta misma cala sin prisa, observando el mar que se extendía hasta el fin del mundo, y como sobre sus aguas se divisaban los veleros que navegaban tras las horas de baño. De vez en cuando horadaba agujeros en la gruesa arenilla, simplemente para observar como la marea, con imperturbable paciencia, los volvía a cubrir con apenas un pase. Aficiones tediosas, para un joven igual de aburrido, que no encontraba su lugar, no ya en el mundo, sino en su propia vida.

Mientras caminaba observé como la marea traía a la playa una vieja botella. En realidad se trataba de uno de esos orondos botellones que antiguamente ocupaban el vientre de los garrafones forrados de mimbre. Su cristal, cubierto con un sinfín de algas verdosas, era tan ocre como oscuras las aguas que contenía desde a saber cuánto tiempo. Cuando la marea se retiró displicente, dejando el botellón sobre la playa, un ruido de pisadas ligeras y nerviosas me advirtió de que no me encontraba solo en aquel lugar. Giré la cabeza y vi por primera vez a Román.

Aunque mediaba su cuarta década de edad el pelo ya le había plateado por completo, y su aspecto desaliñado y enclenque, a la vez que su mirada perdida sobre unas mejillas huesudas, le sumaban años. Al caminar y a merced de la brisa que recorría con libertad la cala, el pelo se agitaba sobre su cabeza como la crin de un caballo que nadie ha podido domar. Al verme detenido cerca del botellón me sonrió, exhibiendo una perfecta e inmaculada dentadura.

- ¿Vas a coger eso? – me preguntó señalando el botellón con el índice diestro extendido.

Negué con la cabeza. Mi supina timidez alcanzaba incluso a los desconocidos, ante los que no tenía qué temer. Mis miedos e inseguridades se extendían sobre todo cuanto me rodease.

- Perfecto. Entonces seré yo quien la recoja si no le molesta – continuó inclinándose sobre su costado y recogiendo la botella por el grueso y oscuro gollete.

- Claro – apenas susurré.

Giró el recipiente haciendo que restos de agua ocre cayeran sobre el suelo, y se filtrasen rápidamente entre las piedrillas. Tras hacerlo, a apenas un metro mío, alzó la botella por delante de su cabeza mirándola con orgullo, como si en lugar de estar contemplando los restos de un viejo garrafón, estuviera alzando el trofeo de “Campeones del mundo” segundos antes de besarlo.

- Es magnífico – aseveró observando el castigado cristal -. Al menos – continuó dirigiéndose a mí – déjame contarte la historia de esta magnífica muestra de nuestra historia, pues aquí donde la ves, esta botella perteneció a la ingente bodega del pirata Luna Oscura, uno de los pocos que logró saquear las poderosas flotas británicas, e incluso logró salir airoso de un par de contiendas contra el Almirante Nelson.

Dicho esto caminó hacia donde solía estar en sus largas tardes de playa, y se sentó en el suelo posando la botella entre sus piernas, mientras seguía observándome con ese

gesto de amigo que desea compartir una revelación contigo. Jamás en mi vida nadie me había mirado así. Pocos me habían sonreído con tal sinceridad, y muchos menos me habían invitado a una revelación, como aquel hombre parecía querer compartir conmigo. Caminé lentamente hasta alcanzarle y me senté a su lado, dejando que aquella botella ejerciera la presidencia de la escena con el mar de fondo.

- Mi nombre es Román, Román Enguita para más señas, pero simplemente Román para alguien que será mi amigo – sentenció con voz queda.

Le creí, poco más puedo decir, y nada que refleje mejor el agradecimiento que sentí por aquel hombre que me abría la puerta de su amistad.

- Me llamo Telmo – le respondí ofreciéndole mi mano, que él tomó con delicadeza, agitándola con suavidad en un afable apretón.
- Encantado mi joven amigo...

Román, con un sinnúmero de ademanes y aspavientos me narró con pelos y señales la historia de aquella botella que el mar había traído a nuestro encuentro. Afirmó con tal seguridad que no me cupo la menor duda de su veracidad, que el garrafón que había quedado reducido con el paso del tiempo, a esa botella, oronda y translúcida, había contenido buenos y profundos tragos del ron canario con el que el pirata Luna Oscura, oriundo de la playa de Cádiz, saciaba la sed y ganas de alegría de la tripulación de su navío. A la sazón un barco de trece cañones por banda, y de nombre “La brújula”, que tras hazañas gloriosas, batallas imperecederas al olvido y jornadas de mar bravío, busco el dudoso abrigo del vientre del mar. Ocurrió tras una dura contienda contra el “Maltesse Falcon”, comandado por el Brigadier Spade, quien finalmente alcanzó la gloria de vencer y dar muerte al célebre pirata gaditano.

- Es imposible que sepa eso simplemente viendo la botella – me aventuré a afirmar, señalando con cierto desdén el recipiente de vidrio.
- Así es – confirmó él, acompañando la afirmación con un asentimiento de cabeza.
- Entonces, no lo entiendo – repliqué -. ¿De qué sirve inventar una historia sobre una botella, que a lo mejor la ha tirado desde un espigón un borracho poco nostálgico? – pregunté.
- Así soy yo muchacho. Ya me ves, ya ves mi aspecto ¿crees que son muchos los que se sientan aquí conmigo, en esta cala de suelo ingrato e incómodo? La respuesta como puedes imaginar, es no. Pero sin embargo tengo un amigo, uno sempiterno e inmortal que es este mar, que como buen amigo que es, me regala cientos, miles de historias. Sólo tengo que saber leerlas en los objetos que me trae cada tarde en esta pequeña playa. Raro es el día en que este amigo no me trae algo que avive mi imaginación, y haga que conozca un poco más su historia.

Aún no se bien por qué pero le creí, y me sentí tan cercano a aquella verdad que me acababa de revelar, que no pude hacer otra cosa que asentir y pedirle que me contara más cosas, que me relatara qué objetos había posado el mar sobre aquella playa, y qué historias increíbles le habían narrado ellos. Me es imposible describir el modo en que se le iluminó el rostro y cómo se le amplió la sonrisa al escuchar mi petición. Aquel hombre puede que hiciera años que no contara con compañía en aquel lugar. Probablemente aún más de los que yo llevaba sin poder llamar a alguien, amigo.

Aquel atardecer, mientras el sol caía a plomo sobre el mar allí donde enmudece el día, tiñendo los colores del paisaje de un tono fuego en sus últimos estertores, me contó con supina alegría algunas de las historias que el mar le había susurrado, llevándole los más reveladores objetos. Las maderas húmedas y carcomidas de la balsa de Robinson Crusoe. Restos del pellejo con el que se tejió la primera pelota de baloncesto. Un trozo

de metal de al menos un metro de largo por otro de ancho, que perteneció al Nautilus. Una copa de cristal resquebrajada, y a la que le faltaba la base, en la que doña Sophia Rodgers bebió su último sorbo de vino tinto, antes de que el "Titanic" se sumergiera helándole el aliento. Incluso un objeto inclasificable y que aún guardaba en su casa sin saber qué era, y que sin embargo aseguraba que pertenecía a la Atlántida. Historias increíbles narradas por un personaje aún más increíble; Román Enguita, mi amigo.

A partir de entonces comencé a pasar las tardes aquí con él. Componíamos la pareja más extraña de la región; un hombre maduro y desaliñado, al que la sociedad le había dado de lado, considerándole un pobre loco. Y un adolescente marginado con problemas para sociabilizarse, que necesitaba de su amistad más que nada en su vida. Recuperamos día tras día los objetos que nos traía el mar hasta la playa. Probablemente algún erudito de la orografía costera hubiera podido encontrar una explicación, para que las corrientes marítimas trajeran constantemente objetos a una cala tan pequeña. Pero a nosotros nos gustaba pensar que era el mar, el tercer amigo de nuestro breve grupo, el que para hacerse partícipe de nuestros encuentros, nos regalaba los objetos que durante mucho tiempo había protegido en sus entrañas.

Una vasija del primer bodeguero riojano, que ebrio se lanzó al mar con el recipiente copado de su vino en una playa cántabra, anhelando que las bellas sirenas probaran su elixir. Una pequeña bombilla, que perteneció a Guillermo Marconi, y que se iluminó cuando la primera de sus radios, por fin logró una señal estable. Una libreta con las hojas adheridas y la tinta extendida en manchas deformes, en la que Neruda imprimió sus primeros versos.

Raro era el atardecer en el que el mar no nos regalase un nuevo objeto, para que mi amigo Román, el hacedor de historias, dejase fluir su ingobernable imaginación enhebrando una historia, coherente hasta donde la cordura alcanzaba.

Poco después de que Román y yo nos conociéramos tu abuelo me regaló una Polaroid. Una de aquella ochenteras cámaras fotográficas, de imágenes instantáneas. Aquel mismo día ambos nos hicimos una fotografía con la cámara girada, y alargando tanto como podía el brazo. En realidad nos hicimos varias, porque mi desconocimiento y el escorzo que tenía que realizar con la muñeca para apretar el botón de disparo, hizo que para conseguir un par de ellas aceptables, tuviera que hacer muchas más.

Una de ellas se la regalé a él, y al observar nuestros rostros en aquella foto de imagen difusa, base blanca y trasera negra, las lágrimas acudieron veloces a su mirada, abarquillándole los párpados. Sin ser capaz siquiera de agradecerme el obsequio por la emoción, se guardó la instantánea en el bolsillo de la camisa de franela que vestía, y jamás se separó de ella. Todos y cada uno de los días veía asomar la esquina de la fotografía por el bolsillo de cuadros azules y rojos, y una sensación de orgullo me abrazaba con fuerza. Saber que era tan especial para alguien, que no fuera mis padres o mi hermana, tu tía Roberta, me llenaba de emoción. Aquel hombre era el mejor amigo que jamás hubiera podido tener. Y corrió la peor suerte por ello, una que nadie merece; la traición.

Acabábamos de estrenar noviembre el último día que compartimos en esta playa. Los días se acortaban a ojos vista, y la oscuridad se cernía sobre la cala como un mal augurio. Aquel atardecer ningún objeto había quedado varado sobre la arena. Era rara la ocasión en que ocurría, pero de vez en cuando pasaba. Y cuando estábamos a punto de marcharnos de la playa, a lo lejos me pareció ver algo que flotaba sobre un mar picado y agresivo, donde las olas levantaban crestas afiladas como un rumor.

- *Creo que allí hay llega algo – dije, señalando el lugar con el dedo.*

Román miró aguzando la vista, colocando la mano sobre la frente como si hubiera un sol de justicia.

- *Sí, algo llega, pero para cuando esté aquí ya será estará muy oscuro. Faltarán un par de horitas antes de que lo podamos coger. Mira, se está acercando a las rocas, y para cuando la marea lo reconduzca ya será tarde – afirmó, haciendo alarde de los doctos conocimientos que atesoraba sobre el mar y sus costumbres.*

Tenía razón, el objeto se había escorado hacia el margen izquierdo, donde las rocas asomaban sobre las aguas como si fueran dedos de un gigante pétreo, ansioso por dar caza a quien osara acercarse. Un lugar donde el mar se estrellaba con furia, y ni los moluscos tenían vigor para hacer de las piedras su hogar.

Sin embargo la sola posibilidad de que finalmente aquel objeto se alejara de la playa, dilapidando la narración de una nueva historia de Román, hizo que cometiera la mayor estupidez de mi vida. Bueno, quizás no fue la mayor sino la segunda mayor. Pero ahí cambió todo.

Sin dar tiempo a que Román reaccionara comencé a correr por la playa, en dirección a las piedras por donde flotaba a duras penas aquel desconocido objeto. La minúscula gravilla de arena saltaba a merced de mis pasos acelerados, que hundían mis viejas Nike entre las piedrillas. Antes de que mi amigo comenzara a gritar por mi temeridad, ya me encontraba saltando entre las piedras, tratando de alcanzar el objeto de madera, que ascendía y descendía golpeando una de las rocas.

Al llegar a la coyuntura entre dos piedras donde el objeto había quedado encallado pude comprobar que se trataba de un remo, uno viejo y castigado hasta el exceso, mellado en todo su contorno. Me tendí sobre la roca, empapando el abrigo con el que me protegía del frío prácticamente invernal y alargué mi mano tanto como pude. De tal modo me estiré, que el peso se descompensó y caí al agua resbalando por el lomo de la roca, alisado por la lengua del mar, tras largos y pacientes años de besos de espuma y salitre.

Jamás lograré encontrar las palabras que expresen la realidad de la angustia que viví en aquel momento. Supongo que lo más cierto a decir es que sentí el aliento de la parca al oído, susurrándome el tamaño de la estupidez que acababa de cometer.

El agua era extremadamente fría. Las olas me empujaban contra las rocas, después hacia el mar, y tras haber cogido impulso, de nuevo contra las piedras, haciendo que mi piel se doblara dócil contra los dedos del gigante de piedra. Mi gruesa ropa de invierno absorbía tal cantidad de agua, que pronto no me alcanzaron las fuerzas ni para mantenerme a flote, ni para tratar de desprenderme al menos del abrigo. Al abrir la boca para suplicar auxilio, el mar se introdujo en mí con la habilidad de la lengua de una fervorosa y lasciva amante. Me dejé llevar, más bien caer. Rendido y confiando al mar mi suerte, sentí como mis músculos se tornaban laxos y el mar me susurraba mi inevitable destino. Pero antes de que el mar me llevara con él, unos brazos flacos como sarmientos de una cepa centenaria, me abrazaron y tiraron de mí con tal fuerza, con tal vigor, que me parecía imposible que pertenecieran a la única persona en el mundo que sería capaz de socorrerme.

Aún no comprendo cómo pudo llegar a hacerlo, pero Román, lanzándose a las aguas, logró arrastrarme hasta la orilla y sacarme a tirones hasta la playa. Yo tiritaba congelado, sentía los labios hinchados, como si en su interior hubiera insectos tratando de abrirse camino hacia el exterior. Las manos y los pies habían dejado de dolerme, y sólo un pequeño cosquilleo, apenas una caricia, me decía que seguían ahí.

Girándome sobre las piedrillas de la cala, Román me desnudó en apenas unos segundos, lanzó la ropa a un costado y cogió la lona con la que nos cubríamos las tardes veraniegas de chicharrina. Antes de tenderse a mi lado, él también se desprendió de toda la ropa que le helaba el cuerpo. Supongo que si yo estaba al borde de la congelación, él no debía andar muy lejos.

La lona apenas servía para que el frío que seguía aumentando no nos atormentase más. Pero al menos el sentir su piel, apenas pellejo sobre hueso, sobre la mía, hizo que la sangre volviera a circular y fuera recuperando poco a poco, la sensación de tener manos, pies y sobre todo, dedos.

Ninguno de los dos hablábamos, sólo nos abrazábamos en silencio escuchando el castaño de nuestros dientes. Me hubiera gustado agradecerle lo que había hecho, jurarle que jamás había tenido un amigo como él. Decirle que si aún mi aliento creaba nubecillas de vaho frente a mi nariz, era única y exclusivamente gracias a él. Pero no lo hice. Porque cuando quería hacerlo no pude, apenas podía controlar el temblor de los labios. Y cuando al fin recuperé, no sin esfuerzo, el habla, ya era demasiado tarde.

Ninguno de los dos escuchamos los gritos ni los pasos acelerados sobre las piedras de la cala. Incluso cuando tiraron de la lona, dejándonos desnudos a la intemperie, creí que alarmados por nuestra situación, habían llegado para socorrernos. Qué estúpido fui.

Mientras dos mujeres me alejaban de Román, tres hombres la emprendían a golpes con él, sin importarles que estuviera desnudo y a medio camino de la congelación. Le gritaban toda clase de insultos como maricón, molesta niños, pederasta, desviado y un sinfín de adjetivos del mismo calado, que el pobre Román sólo rebatía con hondos gemidos cada vez que una bota le quebraba una nueva costilla.

Yo asistía a la escena como quien contempla una secuencia de película, en la que nuestro personaje favorito se introduce en un callejón, donde sin duda le aguarda la muerte. Por mucho que gritemos, por muchos que alcemos la voz para advertirle del peligro, sólo es una película y el asesino se llevará por delante la vida de nuestro actor favorito. Así me sentía yo viendo como apaleaban a Román, mientras él, reptando sobre el ingrato suelo de la playa, arañándose su cerúlea piel, trataba de llegar hasta la pila que formaba su ropa.

Lo último que alcancé a ver antes de que las mujeres y un nuevo hombre que no quiso sumarse al linchamiento me llevaran lejos de allí, fue a Román sonriendo porque había alcanzado su ropa y protegía algo sobre su vientre, mientras seguía recibiendo tantos insultos como golpes. No me costó imaginar que aquel tesoro que protegía sobre su corazón, como si en él estuviera la salvación que aquellos hombres parecían negarle, era nuestra fotografía. Qué cobarde fui.

Ni siquiera fue necesario que testificara. Mi silencio hundió más la determinación de todo un pueblo sobre Román. La psiquiatra dijo que mi mutismo se debía a los abusos recibidos por aquel hombre, y que tan sólo el tiempo habría de dictar cuán grande había sido el daño de sus supuestamente rijosas caricias. Qué cobarde fui.

Aquellos hombres y mujeres que nos asaltaron en la playa, no vieron como Román me libró de una muerte segura en el mar. No vieron como me sacaba a rastras de una muerte segura. Sólo vieron a un hombre, a un reconocido y apartado loco, tendido desnudo en una cala perdida junto a un adolescente confundido, que se había dejado llevar por sus malas artes. Qué cobarde fui.

Según me dijeron al cabo de los años Román ni afirmó ni desmintió nada en el juicio. Se limitó a esperar a que el juez dictara una sentencia, que no fue otra que la de pasar el resto de sus días en un psiquiátrico. Y yo me callé. Qué cobarde fui.

Quizás mis súplicas y la verdad manada de mis labios no hubieran servido para nada. En la villa todos recelaban de Román, y el episodio que compartimos les había servido de perfecta excusa para quitárselo de en medio. Debí haberlo intentado. Pero fui un cobarde. Sabía que salir en su defensa haría que los dedos se giraran sobre mí, y las burlas me asaltarían día y noche, convirtiéndome en poco más que un ser marginado por toda la pequeña sociedad que formaba el pueblo, y que podía ser cruel y voraz. Así lo habían demostrado con Román.

Simplemente guardé silencio y esperé a que pasaran los años y el dolor de mi cobardía menguase. Los años han pasado, pero el dolor sigue ahí, y el fantasma de la culpa también. Ahora Román ha huido, vete tú a saber dónde, ya es un anciano, y yo sigo siendo un cobarde.

Las lágrimas que descendían por mis mejillas eran gruesas y lentas, porque cuando uno llora de verdad, llora lento. Samuel había permanecido atento a mi soflama, mostrándome un gesto poco acostumbrado a asomar en su rostro. Bien parecía que me comprendiera.

- Lo mejor será que nos vayamos papá. Él no está aquí, y si quieres que te diga la verdad, es mejor así. Las historias del pasado, del pasado son, y ahí deben quedarse. No hay que torturarse eternamente, no es justo. Aquello lo hizo un joven, casi un niño, no el hombre que hoy eres.

Arguyó su sentencia con tal seguridad y cariño, que no pude sino echarme sobre sus hombros buscando el consuelo de su abrazo y un hombro en el que enjugar mis lágrimas. Me ofreció tanto una cosa como la otra, y cuando al cabo de unos minutos caminábamos sobre al arenilla, alejándonos del lugar donde se había producido mi dolorosa regresión, mi hijo había dejado de ser el desconocido que era cuando habíamos llegado.

A mitad de camino se detuvo súbitamente, y mientras yo avanzaba unos pocos pasos más, tres o cuatro como mucho, se dobló sobre el costado y extrajo algo parecido a un papel, incrustado en el suelo y envuelto torpemente en una tela. Sin dejarme ver qué que contenía desplegó la tela, y por un instante pareció como si toda la luz de cientos de estrellas le iluminasen sólo a él, haciendo que su mirada ámbar nimbase entre una luz cegadora.

- ¿Qué es? – pregunté emocionado, acercándome tan sólo un paso hacia él.

Samuel alzó la mano pidiéndome que me detuviese y así lo hice. Él guardó de nuevo el misterioso contenido en el interior de la tela, horadó un pequeño agujero en el suelo, y lo introdujo con suavidad, tapándolo de nuevo antes de levantarse.

- Es una foto, papá. Es la foto de un niño y su mejor amigo. Una foto algo ajada y castigada por haberla dejado aquí, a merced de las dudosas caricias del mar. Son dos amigos que sonríen felices a la cámara, porque aunque el futuro pueda separarles e incluso hacer que sus recuerdos duelan, nadie podrá robarles los momentos que vivieron en este lugar.

En la parte de debajo de la fotografía de Polaroid, en ese espacio que solía reservarse para poner fechas o los nombres de los protagonistas, hay escrito algo.

¿Quieres saberlo?

Afirmé con la cabeza. Me hubiera sido imposible decir una sola palabra.

- Dice esto: *Lo comprendo mi buen Samuel. Tuviste, tuvimos que hacerlo así. Siempre serás mi amigo, y siempre tendré aquí una historia para ti.*

No dijo una sola palabra más. Reemprendió la marcha y pasó a mi lado sin inmutarse, dejándome allí, mirando absorto el lugar donde había escondido aquello que decía que era la fotografía que Román y yo nos habíamos hecho tantos años atrás. Tuve la tentación de arrodillarme y buscarla bajo las piedrillas, pero supe contenerme. A fin de cuentas no necesitaba más que aquello que mi hijo me había revelado. Giré sobre mis pies y caminé por detrás de mi hijo, acelerando los pasos hasta que le alcancé y pude rodear sus hombros con uno de mis brazos. Jamás he sentido mayor admiración por alguien, como la que sentía en aquel momento por él.

Ginés me llamó un par de días después, y a los tres días, y a la semana, pero no volví a descolgar el teléfono cada vez que veía su número reflejado en la pantalla. Aquel día en la cala de los cobardes encontré el perdón que suplicaba de un hacedor de historias, que empleó al mar y a mi hijo para narrarme la última de ellas. Sabía que si contestaba su llamada, puede que me dijera que habían hallado el cuerpo de Román flotando en mitad del mar, contra las piedras del espigón, o quizás en aquella playa. Y no quería saber eso, porque un hacedor de historias como él debía ser inmortal, y así sería en mi interior para siempre.